

# La quiebra de una idea

Lidia González Soler

La reforma del sistema educativo, emprendida hace cinco años, creó grandes expectativas entre el profesorado y, en el caso de los profesores que formaban parte de centros experimentadores, dio lugar a un auténtico entusiasmo.

El mensaje lanzado desde el MEC era desde luego prometedor, ya que no se pensaba en una simple sustitución de los programas de estudios, vía «BOE», sino en promover la participación del profesorado en la elaboración del currículo: se trataba de encontrar el común denominador de los movimientos de renovación pedagógica, de tal manera que pudiera generalizarse al conjunto del sistema educativo mediante los apoyos materiales y técnicos necesarios. Parecía que, por una vez, las cosas iban a ser diferentes y no íbamos a encontrarnos con un currículo elaborado por un grupo de «expertos» que nada conocen de la realidad de la escuela.

Pocos años han bastado para dilapidar el enorme capital de ilusión acumulado. En la actualidad, los «centros de la reforma» no intervienen en la elaboración del diseño curricular, han sido engañados y defraudados respecto a los plazos de la reforma y al propio contenido de ésta y se les ha metido en una vía muerta que les permite proseguir una «experimentación» que el MEC no tiene ningún interés en recoger. Esta situación cristalizó a principios del pasado curso cuando los asesores de la reforma pasaron a organizarse en dos servicios en el seno del MEC: uno, muy reducido, para «atender» a los centros experimentales de EGB y EE.MM., y otro, formado por 22 asesores técnicos, para elaborar el diseño curricular base de todas las etapas educativas.

Sobre la situación de los centros de la reforma y el equipo que los atiende, baste decir que ni siquiera ha sido posible celebrar las jornadas previstas para el final del curso 88-89.

Pero tampoco es boyante la situación del equipo encargado del diseño curricular en el Servicio de Innovación. A la falta de planificación política del trabajo y de organización interna se ha añadido la absoluta carencia de dirección y asesoría técnica. La Dirección General de Renovación Pedagógica ha retrasado incomprensiblemente la definición política y académica de un modelo curricular específico y operativo. El diseño curricular base no está terminado, y no puede ser terminado con garantías mínimas de calidad en los plazos que la dirección general ha establecido.

Naturalmente, y a eso ya estamos acostumbrados en este país, ninguno de los responsables de esta situación ha decidido presentar su dimisión, sino que, muy al contrario, el director general, Alvaro Marchesi, ha decidido descargar la responsabilidad del fracaso sobre los profesionales de a pie. El señor Marchesi se ha embarcado en una «reestructuración» en la que los criterios para el despido o el ascenso van desde la simple represión ideológico-sindical hasta la pura arbitrariedad.

Entre los despidos y las dimisiones, presentadas ante la caótica situación y nulas perspectivas de trabajo, la mitad de los asesores no permanecerán en sus puestos el próximo curso. En cualquier caso, después de esta última operación, ninguno de los asesores que hace cuatro años lanzaron la Reforma del Ciclo Superior de EGB va a estar presente el próximo curso en este equipo, por lo que se rompe el último hilo que unía el inicial proyecto curricular con el actual, dándose una situación similar en las EE.MM.

¿Quién va a hacer, pues, el nuevo currículo? Parece que avanzamos inexorablemente hacia el pasado y que nuevamente se impondrán unos programas sin que previamente sean experimentados. Parece que nos enfrentamos a la simple sustitución de unos programas por otros. Parece que el profesorado no va a ser agente de ningún cambio. Parece que la necesaria renovación de la escuela no va a producirse mientras Marchesi esté al frente de la renovación pedagógica.